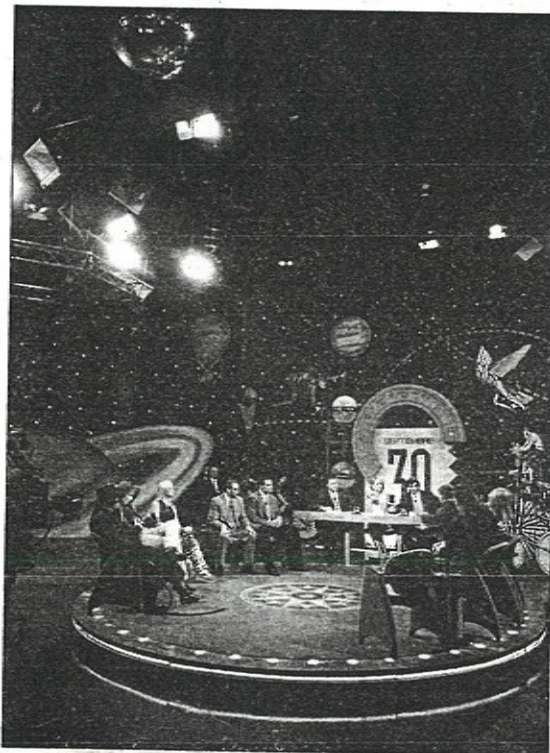


Decadencia de la conversación 20-XI-96

A fines de la década del 60, cuando nuestra televisión se encontraba aún en pañales, Jaime Celedón invitó a su casa a un selecto grupo de personalidades. Si bien la invitación era a comer, lo mejor de la velada fue la conversación que ahí se sostuvo. Al término de la reunión, Celedón les preguntó a sus invitados cómo lo habían pasado. Todos convinieron en que había sido un encuentro agradabilísimo, con una charla provocativa, en la que cada uno de los participantes había aportado ideas interesantes y originales. Entonces Celedón, dirigiéndose a uno de los comensales, Fernando Castillo, que a la sazón era el rector de la Universidad Católica, dijo que los había convocado a su casa para el ensayo general de un programa de televisión que había ideado y que consistía, justamente, en hacer ante las cámaras lo que esa noche se había hecho en privado. La idea se aprobó de inmediato y así fue como nació el primer programa de conversación de nuestra TV, bajo el pirandelliano nombre de "A esta hora se improvisa", programa que durante años acaparó una inmensa audiencia, que no pudo ser cuantificada porque en esos benditos tiempos nadie sabía de la existencia del rating. En los tumultuosos años de los comienzos de la década del 70, "A esta hora se improvisa" fue el foro más

importante de debate político, pues entre sus panelistas había grandes e inteligentes polemistas como Claudio Orrego, Jaime Guzmán, José Joaquín Brunner y Eduardo Labarca, entre muchos otros. El advenimiento de la dictadura terminó con el programa, donde se enseñoreaba el pensamiento y la confrontación con alturas de miras, atributos estos que no eran caros al nuevo régimen.

Como suele suceder en la televisión, un programa de éxito es imitado y, también, como suele suceder en la televisión, las imitaciones bajan la calidad del producto original. Es lo que estamos viendo hoy día con la proliferación de los mal llamados programas de conversación, donde no se conversa de nada, constituyéndose las más de las veces en un parloteo carente de ideas, de puntos



**En la TV se imitan los programas de éxito y, como suele suceder, las imitaciones son inferiores al original. Es lo que vemos hoy con esos programas que son un mero parloteo carente de ideas.**

de vistas originales y donde se privilegia el ingenio fácil y los recíprocos elogios de los "conversadores".

Sin embargo, no puedo dejar de preguntarme si estos programas de conversación televisivos, con toda su carga de banalidad, frivolidad y carentes de ideas provocadoras, no son sino un reflejo de las conversaciones que hoy se desarrollan en la intimidad de nuestras casas. Dudo que en los días que corren, Jaime Celedón pudiera intentar con igual éxito un

programa como "A esta hora se improvisa", donde se enfrentaban ideas y pensamientos divergentes sin llegar nunca a la descalificación, simplemente porque el modelo en que se inspiró ese programa tiende rápidamente a desaparecer. Las largas sobremesas en que se alternaban el debate y la reflexión son ya cosa del pasado y no podemos justificar su ausencia por la falta de temas conflictivos.

Las Jocas, la conmutación de la pena al asesino del niño Zamorano y hasta el olvido del ministro Figueroa del carné de identidad en el momento de votar, hubieran dado lugar en otros tiempos a largos y profundos análisis y conflictivas interpretaciones de los que defenderían una u otra posición. En cambio, cuando la gente que escribe cartas a los diarios ha comentado estas cuestiones, no han hecho sino repetir lo que han leído o escuchado en los medios de comunicación. Nadie parece darse el trabajo de pensar para hacer una observación original.

Tal vez lo que sucede es que estamos inundados de información y en vez de darnos el trabajo de procesarla, nos limitamos a repetirla.

En la antigua Grecia hubo un filósofo, llamado Epicteto, que, considerando que la lectura le restaba la posibilidad de ejercer su propio pensamiento, decidió sacarse los ojos. En nuestro tiempo, Epicteto habría tenido que completar su mutilación cortándose las orejas también.

No aconsejo llegar a los extremos del filósofo griego, pero tal vez sería saludable mantener más tiempo el televisor apagado, olvidarnos del Internet y sólo leer los titulares de los periódicos. Así tendríamos tiempo para dedicarnos a lo que indica el título de otro notable programa de la televisión por cable: "La belleza de pensar".